

Jesucristo-Verdad en san Agustín

RESUMEN

El presente trabajo va destinado a presentar la consideración de Cristo-Verdad, tal como se desarrolla en los escritos teológicos y en la predicación de san Agustín, el cual tanto en su copiosa y fecunda labor de estudio sobre las fuentes de la fe cristiana, como en su generosa entrega al cuidado pastoral del pueblo fiel, profundizó muy eficazmente sobre ese relevante aspecto de Jesucristo, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación del mundo.

PALABRAS CLAVE: verdad, salvación, gracia, sabiduría.

ABSTRACT:

This work is intended to present the of Christ-truth, as it is developed in the theological writings and the preaching of Saint Agustine who both in his copious and fruitful study of the sources of the Christian faith, as well as in his generous dedication of the pastoral care of the faithful people, he very effectively delved into that relevant aspect of Jesus Chirst, the WordGod made man for the salvation of the world.

KEY WORDS: Truth, Salvation, Grace, Wisdom

ITINERARIO AGUSTINIANO HACIA LA VERDAD DE DIOS

El laborioso camino de Agustín hacia la fe que iluminaría su preclara inteligencia y movería su voluntad, bajo el auxilio de la divina gracia, constituye una de las más intensas y reveladoras experiencias religiosas de un hombre que busca a Dios y no sin lucha y esfuerzo se deja iluminar por el Verbo hecho carne. Benedicto XVI nos presenta a este buscador ardiente del más auténtico y trascendente sentido de la vida, diciendo: «San Agustín buscó apasionadamente la verdad: lo hizo desde el inicio y después durante toda su vida»¹.

El primer acercamiento a la fe tuvo lugar en la más tierna infancia y en brazos de su madre Mónica. El mismo lo testifica en el libro de las *Confesiones* con estas palabras: «Porque este nombre, Señor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y así cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebataba del todo»².

Después, a pesar de dificultades y descarríos, hubo otros libros y diversas propuestas de pensamiento donde Agustín discernió elementos que le fueron acercando a la verdad. La lectura del *Hortensius* de CicerónEste, libro que se ha perdido, despertó en él el amor a la sabiduría, y de un modo especial el conocimiento de la filosofía platónica contribuyó a darle a conocer cómo han de poder aliarse la fe cristiana y los esfuerzos de la razón humana. Finalmente las *Cartas* de san Pablo y la predicación de san Ambrosio en Milán iluminaron la mente y fortalecieron la voluntad y el corazón de este prestigioso retórico africano, que recibió el bautismo en la noche de la vigilia de Pascua del año 387.

Me parece oportuno, por el acierto con que se valora la importancia de la metafísica en cuanto a los conceptos sobre el *ser divino* que existe por sí mismo, y la razón humana que proviene de una semejanza con Dios, aportar aquí uno de los tan finos y hermosos párrafos del libro *Los nombre de Cristo* del religioso agustino del siglo XVI fray Luis

1 Audiencia general, 27 de febrero de 2008.

2 *Confesiones*, III, 4, 8: BAC 11, p. 138.

de León, en el que en referencia al nombre de *Cordero* aplicado a Cristo, dice así: «Cierta cosa es lo que Dios en sus criaturas ama y precia más, es santidad y pureza; porque el ser puro uno es andar ajustado con la ley que le pone Dios y con aquello que su naturaleza le pide; y eso mismo es la verdad de las cosas, decir cada uno con lo que es y responder [poner en consonancia] el ser con las obras. Y lo que Dios manda, eso ama; y porque de ello se contenta, lo manda; y al que es el ser mismo, ninguna cosa le es más agradable o conforme a lo que con su ser responde, que es lo verdadero y lo cierto, porque lo falso y engañoso *no es*. Por manera que la pureza es verdad de ser y de ley, y la verdad es lo que más agrada al que es puro ser»³.

La sensación de lejanía de Dios que le había parecido sentir Agustín se trocó en gran consuelo del Dios de la verdad cuando supo recordarle, y le alababa diciendo: «Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío»⁴. Este fue el más valioso tesoro encontrado por el inquieto retórico llegado a Italia desde el África Proconsular en busca de felicidad y bienestar. Todo se iba transformando también para Mónica que había seguido a Agustín impulsada por razones muy distintas a las de él, y que desde tiempo atrás experimentaba mucha confianza en Dios que luego se manifestaba con intenso esplendor con la conversión de ese hijo, el cual da testimonio de cómo ella manifestaba su gozo y gratitud a Dios que tan maravillosamente se había mostrado al hijo descarriado con el resplandor de la Verdad: «Díjome ella: “Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé que hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?”»⁵.

3 FRAY LUIS DE LEÓN, «Los nombres de Cristo, L.3», en CORDERO, *Obras Completas* BAC 3^a, Madrid 1991, pp. 812-813.

4 *Confesiones*, III, 6, 11: BAC 11, p. 142.

5 *Confesiones*, IX, 10, 26. BAC 11, p. 373.

LAS OBRAS DE SUS MANOS SON VERDAD Y JUICIO (SAL 110,7)

San Agustín reconocía que el conocimiento del único Dios, creador y regidor del mundo, se iba difundiendo, aunque no sin dificultades y oponentes, e incluso se afianzaba, a pesar las sugerencias de quienes se complacían en proponer un olimpo de dioses concebidos a la medida y al ejemplo de los vicios humanos. Así lo expresa en una obra suya muy perspicaz e iluminadora titulada *De vera religione*, en la que dice: «El camino de toda vida buena y bienaventurada se basa en la verdadera religión, en la que un solo Dios es adorado y reconocido con la más pura piedad como el principio de todos los seres de la naturaleza y del cual proviene el inicio, el perfeccionamiento y la subsistencia de todo cuanto existe. De ahí que con toda evidencia se pone de manifiesto el error de todos los pueblos que prefirieron adorar a muchos dioses en vez de prestar adoración al único y verdadero Dios y Señor de todas las cosas»⁶.

Este reconocimiento que ya entre los filósofos más prestigiosos de la cultura helénica así como las intuiciones de otros pueblos, quizá más libres de la fascinación de unas divinidades inconsistentes y poco laudables, lo asume Agustín al presentarnos las enseñanzas que en los libros del Antiguo Testamento nos presentan al verdadero y único Dios como *fuente de toda verdad* (cf. *Pr 8,7*). El obispo de Hipona comentando el indicado versículo del salmo 110 y teniendo en perspectiva que la plenitud de ese concepto auténtico acerca de Dios tendrá su más auténtica manifestación por Cristo en el Nuevo Testamento, dice así:

Dios ciertamente dio a los carnales israelitas la terrena Jerusalén, *la cual sirve con sus hijos* (*Ga 4,25*). Pero esto es cosa del Viejo Testamento y que pertenece al hombre viejo. Los que allí entendieron esto figuradamente, también se hicieron entonces herederos del Nuevo. Porque *la Jerusalén que está arriba es libre, y es también madre nuestra, eterna en los cielos* (*Ga 4,25-26*). Por el Viejo Testamento se probó efectivamente que prometió cosas transitorias. Pero ahora dice: *Estableció para siempre su alianza*. ¿Y cuál es (esa eterna) si no es la Nueva? Cualquiera que anhele ser heredero de esta alianza o testamento, no se engañe, no piense

6 *De vera religione* 1, 1: PL 34, 121.

carnalmente en la tierra que mana leche y miel, ni en amena posesión, ni en huertos fructíferos y sombreados; no piense conseguir algo parecido a lo que acostumbra a desear aquí el ojo avariento. Como la codicia es la raíz de todos los males, ha de destruirse, para que desaparezca aquí, y no dilatarla, para que se sacie allí. Ante todo, huye del castigo, evita el fuego; antes que deseas al Dios promitente, presérvate del Dios amenazante, pues *santo y terrible es su nombre* (*Sal 98,3*)⁷.

La cercanía de Dios al pueblo de Israel representó un camino de afianzamiento en el pensamiento religioso mediante lo cual Dios se iba manifestando con el esplendor de su verdad hacia el conocimiento de la realidad inefable del Dios único que va revelándose a todos los pueblos, puesto que *en muchas ocasiones y de muchas maneras habló antiguaamente a los padres por los profetas* (*Hb 1,1*).

San Agustín, recordando con gratitud su camino personal y progresivo de encuentro con Dios, se da cuenta de que Dios se iba manifestando a un pueblo determinado pero con una capacidad de intelección que apuntaría a un destino universal y que implicaba una proximidad al ser humano en todo el orbe. Joseph Ratzinger, después de constatar que el pueblo escogido abandonando el nombre de Baal que indicaba señorío y el de Melech que aludía a realeza, así como también eliminando la vinculación con la fertilidad de la tierra reconoce que la enseñanza divina conduce a considerar que «el Dios de Israel no se esconde en la lejanía aristocrática de un rey, no conoce el despotismo cruel que entonces suponía la figura del rey; es el Dios cercano que puede ser fundamentalmente el Dios de cada hombre. ¡Cuánta materia de reflexión y consideración se ofrece a nuestra inteligencia!»⁸.

Agustín después de exponer el misterio de la eternidad divina, bajo el cual hay que penetrar en la profundidad del oráculo divino: *Yo soy el que soy y dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros* (*Ex 3,14*) explica que «por la mutabilidad de los tiempos en que se desarrollan nuestra mortalidad y nuestra mutabilidad, decimos no mendazmente fue, será y es: fue en los siglos pretéritos, es en el presente

7 *Enarraciones sobre los Salmos 110, 8: BAC 255, 965-966.*

8 JOSEPH RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, cap. IV «La fe bíblica en Dios», Planeta de Agostini, Barcelona 1995, p. 98.

y será en el futuro»⁹. Y de esa exposición pasa el obispo de Hipona a considerar cómo en esa alusión a la eternidad de Dios se vislumbra ya una insinuación sobre el misterio de la encarnación del Verbo, que al asumir la naturaleza humana entra y se hace presente en nuestra existencia humana y temporal. San Agustín expresa este profundo misterio con estas elocuentes palabras:

«Por qué entonces después se puso otro nombre al decir: «Y dijo el Señor a Moisés: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob: este es mi nombre para siempre»? Del mismo modo que allí se llamaba «el que soy». Así ahora me llamo: *Yo soy el Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob*. Porque como Dios es inmutable, hizo todas las cosas por misericordia, y el mismo Hijo de Dios se dignó tomar carne mudable, permaneciendo en su ser Verbo de Dios, para venir y socorrer al hombre. Dignóse, pues, revestirse de carne mortal el que «es» para que pueda decir: *Yo soy Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob*¹⁰.

El evangelio de san Juan presenta a Jesucristo como enviado del Padre para salvar al mundo y se pone muy de relieve que el Verbo divino, como Dios que es, se presenta como *la luz verdadera, que alumbría a todo hombre, viniendo al mundo*, que *en el mundo estaba y que el mundo se hizo por medio de él (Jn 1,9-10)*. *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*, mostrándose como *lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14)*. Esta preexistencia del Verbo encarnado, presente ya en el mundo antes de la encarnación, y hecho visible con la realización de este misterio. Esta maravilla del Verbo hecho carne, la propone san Agustín con luminosas palabras en el «Tratado segundo sobre el Evangelio de San Juan», donde se expresa de esta manera:

«Y qué decir ahora? Si vino hasta aquí, ¿dónde estaba? *Estaba en este mundo*. Estaba aquí y hasta aquí vino. Aquí estaba por la divinidad, hasta aquí vino mediante la carne porque, aunque estaba aquí por la divinidad, no podían verle los insensatos, ciegos e inicuos. [...] *En el mundo estaba y el mundo se hizo mediante él (Jn 1,10)*. No supongas que estaba en el mundo como en el mundo [o sea, en el universo] está la

9 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 99, 5: BAC 165, 703.

10 *Sermón*, 6, 5: BAC 53, pp. 106-107.

tierra, en el mundo está el cielo, en el mudo están el sol, la luna y las estrellas, en el mundo están los árboles, los animales, los hombres. Entonces ¿cómo estaba? Como artífice que gobierna lo que ha hecho. Por cierto, no ha obrado como obra un artesano. El cofre que está fabricando el artesano está fuera de él, puesto en otro lugar. Y aunque él esté a su lado, se sitúa fuera del cofre que fabrica. Dios, en cambio, crea el mundo dentro de él, presente en todas partes, sin separarse de ninguna, y no está a un lado como quien está modelando un objeto cuando lo fabrica. Con su presencia majestuosa realiza Dios lo que realiza, con su presencia gobierna lo realizado. Así era su presencia en el mundo: la de alguien por cuyo medio el mundo ha sido realizado. *Mediante él, en efecto, se hizo el mundo, mas el mundo no le conoció (Jn 1,10)*¹¹.

La Verdad del Señor que, sobre todo a raíz de la encarnación del Verbo, *perdura* en la tierra *de generación en generación*. San Agustín con expresiones de consuelo y gratitud lo pondera al comentar el versículo 90 del más extenso de los salmos, el 118, diciendo:

Tu verdad, Señor, perdura de generación en generación, ya sea significando con esta repetición todas las generaciones, de las cuales nunca faltó la verdad de Dios en sus santos, cuando en pocos, cuando en muchos, según los tuvo la sucesión de los tiempos; o ya queriendo dar a entender dos determinadas generaciones, a saber, una que pertenece a la ley y los profetas, y otra al Evangelio. Y como declarando el motivo por que no faltó jamás la verdad en estas generaciones dice: *Fundaste la tierra y permanece*, llamando «tierra» a los que habitan la tierra. *Ninguno puede poner otro «fundamento» fuera del puesto, el cual es Cristo Jesús (1Co 3,11)*, pues también el fundamento de aquella generación a la que permanecían la ley y los profetas era Cristo, pues de Él dan testimonio la ley y los profetas, ¿O es que Moisés y los profetas han de ser contados por hijos de la esclava, que engendra para servidumbre, y no más bien por hijos de la libre, que es nuestra madre (Ga 4,24-26), a la cual llama el hombre *madre Sión*; y añade: *El hombre fue hecho en ella y el mismo Altísimo la fundó? (Sal 86,5)*. Él es, pues, también el Altísimo con el Padre, pero por nosotros se humilló en esta madre; porque el que era Dios sobre ella, *se hizo hombre en ella*¹².

11 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 2, 8-10: BAC 139, 36-39.

12 *Enarraciones sobre los Salmos*, 118, 2. 90: BAC 264, 130-131.

Jesucristo enseña su verdad, no sólo con sus palabras sino también con sus hechos y ejemplos. En un sermón del día de Pentecostés del año 411 probablemente en Cartago el obispo Agustín lo afirmaba diciendo: «Os habéis revestido de Cristo con la forma del sacramento [del bautismo]; revestíos de él imitando sus ejemplos: *Porque Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas* (1Pe 2,21). No seáis de los que *tienen la forma de la piedad, pero niegan su fuerza* (2Tm 3,5)¹³.

UNA ARDIENTE SED DE LA VERDAD DE DIOS

Agustín experimentó siempre en la profundo de su alma un vivo anhelo de conocer a Dios y relacionarse con Él. Aun en las épocas de su agitada juventud, mantuvo viva la convicción de que en Dios se ha de encontrar el don de la sabiduría y la respuesta al ansia de felicidad que arde en el corazón del ser humano. Su inquietud en la búsqueda del bien y del goce de la vida fue un tanto desgarradora, pero su amor a la verdad y al bien le llevaron a conseguir, auxiliado por la gracia divina, el triunfo de la fidelidad a Dios, cambio de dirección de su ruta, que él supo agradecer al Señor y expresarle una profunda y elocuente alabanza.

Para ello tuvo que saber examinar concienzudamente la vaciedad de unas rutas opuestas entre sí que se le proponían y que en vez de conducirle hacia la verdad le sumían en el error de unas engañosas y falsas propuestas pseudoreligiosas. La ayuda de buenos amigos y de personas sensatas, así como de un modo especial al amor cristiano de su madre Mónica e incluso a la sencillez y hondura de la fe de su adolescente hijo Adeodato, fueron dones preciosos de la bondad divina que le abrieron las puertas de un cristianismo marcado por la lealtad y el fervor de espíritu que nunca le abandonarían. Resultan impresionantes a ese respecto diversos textos agustinianos que aparecen en el libro de las *Confesiones* y en la predicación pastoral del santo. El hallazgo de la verdad y el amor son los grandes dones que llenaron de felicidad a Agustín al descubrir la plenitud de ese panorama divino, como lo expresa en unas páginas radiantes de gozo que leemos en sus *Confesiones*.

13 Sermón 269, 3: BAC 447, 746.

¡Oh Verdad!, tú presides en todas partes a todos los que te consultan, y a un tiempo respondes a todos los que te consultan, aunque sean cosas diversas. Claramente tú respondes, pero no todos oyen claramente. Todos te consultan sobre lo que quieren, mas no todos oyen siempre lo que quieren. Óptimo ministro tuyo es el que no atiende tanto a oír de ti lo que él quisiera cuanto a querer aquello que de ti oyere. [A continuación sigue un párrafo, quizá el más expresivo de gratitud, de fe y de amor con que Agustín alaba al Señor] ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deformé como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y abraséme en tu paz¹⁴.

Otro testimonio agustiniano, impresionante por la gratitud a Dios que manifiesta y la humildad con la que expone ante los fieles, seguramente catecúmenos o neófitos, sus pasados descarríos y su resistencia a las llamadas de Dios a la conversión:

Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aún jovenzuelo, quería acercarme a las divinas Escrituras con el prurito de discutir, antes que con el afán de buscar: Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo llamar para que se me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atrevía a buscar, lleno de soberbia, lo que no se puede encontrar sino desde la humildad. ¡Cuánto más dichosos sois vosotros ahora! ¡Cuánto mayor es vuestra seguridad en aprender, cuánto mayor la protección de que gozáis quienes, aún pequeñuelos, estáis en el nido de la fe y recibís el alimento espiritual! Yo, en cambio, como un desdichado, creyendo que yo era capaz de volar, abandoné el nido, y antes de volar caí al suelo. Pero el Señor misericordioso me levantó para que no muriese pisoteado por los transeúntes y me puso de nuevo en el nido. Las cosas

14 *Confesiones* X, 26, 37; 27, 38: BAC 11, 424

que ahora, ya seguro en la fe, os propongo y expongo, fueron las que me turbaron ¹⁵.

Es también muy expresivo lo que en otro sermón expone sobre el retrasar la conversión con peligro de perderse definitivamente. A esta actitud se refiere con el símil del graznido de los cuervos (*sermo corvinus*): *Cras, cras*, sonido que traducido del latín equivale a «mañana, mañana» con el sentido de «dilación». Así se expresa el santo en un sermón: «Eso es lo que mata a muchos; mientras dicen: «mañana, mañana» su boca se cierra repentinamente. Permaneció fuera con voz de cuervo, porque no tuvo el gemido de la paloma *Cras, cras*, es la voz del cuervo. Gime tú, como una paloma y golpea tu pecho; herido con esos golpes, corrígete, para no dar la impresión de que no hieres tu conciencia, sino que con los puños pavimentas tu mala conciencia y la haces más sólida, no más correcta. Gime, pero no con un vago gemido ¹⁶.

Para Agustín el concepto de la verdad ocupa toda su labor de investigación y de contemplación, porque Dios es en sí mismo la verdad por esencia, y es la fuente de donde dimana la plenitud de la verdad, que conduce a la vida feliz. Lo proclama en las *Confesiones*, donde dice: «La vida feliz es, pues, gozo de la verdad, porque este gozo de ti, que eres la verdad, ioh Dios!, *luz mía, salud de mi rostro, Dios mío* (*Sal 26,1*)».

En las circunstancias de gozo y felicidad que experimentó Agustín al haberse obrado su encuentro con Dios mediante la conversión, alcanzada con el auxilio de la divina gracia, hallándose en la finca de Casiciaco, lugar de paz y consuelo en compañía de familiares y amigos, puso mano en la composición de una obra titulada *Soliloquios*. Se trata de un escrito de singular profundidad de pensamiento filosófico y religioso, así como también expresivo de una viva intuición sicológica del espíritu humano en el que destaca una visión centrada en la búsqueda de la verdad plena, que es esencialmente propia de la esencia divina. Este escrito adopta la forma de un dialogo entre la Razón y Agustín, lo cual le presta un especial encanto e interés. Al inicio de los *Soliloquios* se encuentra esta extensa, bella y enjundiosa oración, que se inicia de este modo:

15 *Sermón 51, 6*: BAC 441, 12.

16 *Sermón 82, 14*: BAC 441, 480.

A ti invoco, Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas. Dios, Sabiduría, de ti, en ti y por ti saben todos los que saben. Dios, verdadera y suma vida, de quien, en quien y por quien viven las cosas que suma y verdaderamente viven. Dios, bienaventuranza, en quien, de quien y por quien son bienaventurados cuantos hay bienaventurados. Dios, Bondad y Hermosura, principio, causa y fuente de todo lo bueno y hermoso. Dios, luz espiritual, en ti, de ti y por ti se hacen comprensibles las cosas que echan rayos de claridad, Dios, cuyo reino es todo el mundo, que no alcanzan los sentidos. Dios, que gobiernas los imperios con leyes que se derivan a todos los reinos de la tierra. Dios, separarse de ti es caer; volverse hacia ti, levantarse; permanecer en ti es hallarse firme. Dios, darte a ti la espalda es morir; convertirte a ti es revivir; morar en ti es vivir. Dios a quien nadie pierde sino engañado, a quien nadie busca sino avisado, a quien nadie halla sino purificado. Dios, dejarte a ti es ir a la muerte; seguirte a ti es amar; verte es poseerte. Dios a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza. Te invoco a ti, Dios, por quien vencemos al enemigo¹⁷.

En otro pasaje de los *Soliloquios* se manifiesta con cuánto ardor desea Agustín alcanzar la plenitud de la sabiduría, o será ver a Dios que es por esencia la Sabiduría; pero reconoce que en este mundo no podemos alcanzar esta comunicación plena del saber, o sea, el poder ver a Dios durante nuestra vida mortal, como lo pretende el ontologismo. Sólo gradualmente podemos acercarnos a Dios:

Indagamos ahora cuál es su amor a la sabiduría, a la que deseas ver sin ningún velo y abrazarla con limpísima mirada tal como se da a sus rarísimos y privilegiadísimos amantes [...] ¡Miserable de mí! ¿Por qué, pues, se me priva de su vista prolongándose el tormento de mi deseo? Ya he demostrado que ningún otro amor me domina, porque lo que no se ama por sí mismo no se ama. Yo amo sólo la sabiduría por sí misma, y las demás cosas deseo poseerlas o temo que me falten sólo por ella: la vida, el reposo, los amigos. ¿Y qué límite puede haber en el amor de aquella Hermosura, por la cual no sólo no envidio a los demás, sino que deseo multiplicar a sus amadores que conmigo la pretendan,

17 *Soliloquios* I, 1, 3: BAC 10, 437.

conmigo la busquen, conmigo la posean, conmigo la gocen, siendo para mí tanto más amigos cuanto más común nos sea nuestra amada¹⁸.

Al concluir esta sugestiva obra agustiniana y ante el temor de la muerte eterna o de una existencia inconsciente, la Razón dice a Agustín «Ten buen ánimo; Dios nos asistirá, como ya lo experimentamos, a quienes buscamos y promete después de la muerte corporal un reposo beatísimo y la posesión completa de la verdad sin engaño» A lo cual Agustín responde: «Cúmplase nuestra esperanza»¹⁹.

«LA VERDAD HA BROTADO DE LA TIERRA»

El sentido de esta sorprendente y misteriosa frase, tomada del salmo 84, 12, donde se proclama la misericordia con que el Señor ha protegido y renovado a su pueblo y lo afirma diciendo: *La verdad ha brotado de la tierra y la justicia ha mirado desde el cielo*, Esta afirmación ha dado lugar a que se descubriera en estas palabras una alusión de tipo profético en referencia al misterio sublime de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María. Por tanto, este aserto hecho por el salmista acerca de que la Verdad ha brotado de la tierra bajo una maravillosa disposición del Cielo, equivale a la revelación manifestada en el prólogo del evangelio de san Juan: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14). San Agustín, con expresivas palabras y conceptos llenos de ferviente admiración, en un sermón de la fiesta de navidad entre los años 412 y 416, desarrollaba esta verdad que es fundamento y razón profunda de nuestra fe cristiana. Era precisamente por entonces que el obispo de Hipona tenía un especial interés en poner de manifiesto que la herejía pelagiana negaba la obra de la Gracia divina tan sustancial para la fe cristiana y tan vinculada al misterio de la encarnación del Verbo. Así se expresa el santo:

18 *Soliloquios* I, 13, 22: BAC 10, 463-464.

19 *Soliloquios*, II, 20, 36: BAC 10, 521.

Con esta festividad anual celebramos, pues, el día en que se cumplió la profecía: *La verdad ha brotado de la tierra y la justicia ha mirado desde el cielo*. La verdad que mora en el seno del Padre ha brotado de la tierra para estar también en el seno de una madre. La verdad que contiene al mundo, ha brotado de la tierra para ser llevada por manos de mujer. La verdad que alimenta de forma incorruptible la bienaventuranza de los ángeles, ha brotado de la tierra para ser amamantada por pechos de carne. La verdad a la que no basta el cielo, ha brotado de la tierra para ser colocada en un pesebre. ¿En bien de quién vino con tanta humildad tan grande excelsitud? Ciertamente, no vino para bien suyo, sino nuestro, a condición de que creamos. ¡Despierta, hombre; por ti Dios se hizo hombre! *Levántate tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará* (*Ef 5,14*). Por ti, repito, Dios se hizo hombre. Estarías muerto para la eternidad, si él no hubiera nacido en el tiempo. Nunca te podrías liberar de la carne de pecado si él no hubiese tomado la semejanza de la carne de pecado. Una miseria inacabable te dominaría, si no hubiese tenido lugar esta misericordia²⁰.

La verdad de que Cristo realmente se ha encarnado para realizar nuestra salvación constituye el núcleo de la doctrina de la gracia salvadora, verdad que rechazaban los pelagianos y que Agustín recordaba con frecuencia a los fieles que escuchaban su esclarecedora y fructuosa enseñanza: «*Todo óptimo regalo y todo don perfecto viene de arriba* (*St 1,17*) *La verdad ha brotado de la tierra*: la carne de María. *Y la justicia ha mirado desde el cielo*, porque *nada puede recibir el hombre que no le sea dado desde el cielo* (*Jn 3,27*)²¹.

La verdad de los dones de la gracia que vienen de Dios, y de la realización en el tiempo con la encarnación del Verbo de Dios son doctrina básica y que ha de ser profesada explícitamente por todo cristiano, sin que quepa en absoluto considerarlas como mitos o simbolismos: «Una cosa es –dice Agustín– el Verbo en la carne y otra el Verbo hecho carne; una cosa es el Verbo en el hombre, y otra el Verbo hecho hombre»²². O sea, que una cosa es que el Verbo de Dios inhabite en

20 *Sermón 185*, 1: BAC 447, 7-8.

21 *Sermón 185*, 2: BAC 447, 9.

22 *La Trinidad*, II, 6, 11: BAC 39, 194.

un hombre santificado por la gracia, y otra realidad muy superior es la unión del Verbo con la carne humana asumida por el Verbo mismo y formada en el seno de la Virgen María²³.

Frente a las cavilaciones de los herejes y a las resistencias de los descreídos, Agustín se nos muestra firmemente persuadido del poder divino y de la manifestación gloriosa del Salvador, cuya verdad resplandece e ilumina toda su presencia. Así lo manifiesta el santo obispo en sus enseñanzas sobre el misterio de la encarnación, tal como podemos verlo en un sermón de Navidad predicado hacia el año 411, donde dice:

Escuchad, hijos de la luz, adoptados para el reino de Dios; escuchad, hermanos amadísimos; escuchad y exultad en el Señor, justos, para que, siendo rectos, pueda conveniros la alabanza. Escuchad lo que ya sabéis, recordad lo que escuchasteis, amad lo que creéis, predicad lo que amáis: Puesto que celebramos este día aniversario, esperad el sermón que se merece este día. Ha nacido Cristo: como Dios, del Padre; como hombre, de madre; de la inmortalidad del Padre y de la virginidad de la madre. Del Padre, sin madre, y de la madre, sin padre; del Padre sin tiempo; de la madre, sin semen; en el nacimiento del Padre es principio de la vida; en el de la madre, fin de la muerte; nacido del Padre, ordena todos los días; nacido de la madre, consagra este día²⁴.

Ante los misterios inefables de la encarnación de Verbo, Agustín no recurre al silencio o a sugerir interpretaciones que desvirtúen el poder y la gloria de las obras maravillosas de Dios, sino que ante todo proclama la Verdad del Verbo divino que siendo hijo eterno de Dios se hace también de verdad hijo del hombre. Y gracias a su profunda fe y valiéndose de sus excelentes dotes de orador sagrado, el obispo de Hipona ensalza de un modo exquisito y con una elegancia de expresión latina que por la riqueza de su contenido se transluce incluso en las versiones a muchos idiomas. He aquí un ejemplo de cómo enlaza maravillosamente el nacimiento eterno del Verbo con su nacimiento temporal al realizarse el insondable y enjundioso misterio del Verbo hecho carne en el seno virginal de María:

23 Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, BAC, Madrid 2004, p. 156.

24 *Sermón* 194, 1: BAC 447, 45-46.

En consecuencia, es difícil afirmar a cuál de los dos nacimientos se refiere lo predicho por el profeta: *Su generación, ¿quién la narrará?* (Is 53,8): si a aquel en que nunca estuvo sin nacer, siendo coeterno al Padre, o a éste en el que nació en el tiempo después de haber hecho a la madre en la que iba a ser hecho. Si se refiere a aquel en que nació desde siempre quien existía desde siempre, ¿quién narrará cómo nació la luz de la luz, siendo ambas una sola luz; cómo nació Dios de Dios, sin que aumentase el número de los dioses? ¿Cómo se puede decir que nació, usando el verbo en pretérito, si en aquel nacimiento no pasa el tiempo –lo que le haría pertenecer al pasado–, ni antecede –lo que permitiría hablar de futuro–, ni tampoco es presente –en cuanto que aún está realizándose, y, por tanto, aún no está completo?– ¿Quién, pues, narrará este nacimiento, si el objeto de la narración permanece fuera del tiempo, mientras que la palabra del narrador, en cambio, pasa en el tiempo? Y también, ¿quién narrará su nacimiento de una virgen, si su concepción carnal no se realizó mediante la carne, si su natividad en la carne otorgó fecundidad a quien lo crió, sin quitar la integridad virginal a quien lo alumbró? Sea que se hable de la una o de la otra, o de ambas a la vez, *su generación ¿quién la narrará?*²⁵.

Esta alusión al texto de Isaías 53,8 lo presenta Agustín al comienzo de diversos sermones de navidad, probablemente para suscitar en los oyentes la convicción de que ante los misterios de la fe que sobrepasan las facultades humanas, pero que iluminan todo el decurso de las maravillas de Dios (*magnalia Dei*), que él se ha dignado manifestar, no cabe mantener vacilación alguna ni dudar del poder divino. «No es pequeña ciencia –dice Agustín– afanzarse en el que sabe. Él posee la perspicacia del conocimiento; ten tú la del creer. Lo que Dios ve, créelo tú»²⁶.

La verdad que se manifiesta esencialmente en Cristo implica que la obra salvadora por él realizada tenga un carácter definitivo y universal. No cabe restringir a un tiempo determinado o a un espacio concreto la plenitud de la misión del Verbo encarnado. Así lo recoge y expone la declaración *Dominus Iesus* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, aprobada de un modo muy especial por el papa san Juan Pablo II. Esta declaración doctrinal se expresa muy claramente sobre el tema, dicien-

25 *Sermón 195*, 1: BAC 447, 50.

26 *Enarraciones sobre los Salmos*, 36, sermón 2, 2: BAC 235, 594.

do: «Igualmente debe ser firmemente creída la doctrina de fe sobre la unicidad de la economía salvífica querida por Dios Uno y Trino, cuya fuente y centro es el misterio de la encarnación del Verbo, mediador de la gracia divina en el plan de la creación y de la redención (cf. *Col 1,15-20*), recapitulador de todas las cosas (cf. *Ef 1,10*), “al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención” (*1Co 1,30*). En efecto el misterio de Cristo tiene una unidad intrínseca, que se extiende desde la elección eterna en Dios hasta la parusía»²⁷.

San Agustín en la *Ciudad de Dios* hace referencia a ese camino de salvación y reconoce que se manifiesta en la economía divina de la gracia cristiana, aunque ya había sido anunciado de ante mano, y lo expresa con estas palabras bien claras e inteligibles:

He aquí el camino universal, del cual se profetizó tanto tiempo antes: *Al final de los tiempos estará firme el monte en la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán las naciones, caminarán pueblos numerosos. Dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob: Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas, porque de Sión saldrá la ley; de Jerusalén, la palabra del Señor (Is 2,2-3)*. Este camino, pues, no es de un solo pueblo. Sino de todos los pueblos. Y la ley y la palabra del Señor no se quedaron en Sión ni en Jerusalén, sino que partieron de allí para difundirse por el universo. De ahí que el mismo Mediador después de su resurrección dice a sus discípulos: *Todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí tenía que cumplirse. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras*. Y añadió: *Así estaba escrito que el Mesías padecerá, resucitará al tercer día, y en su nombre se predicará el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén (Lc 24,44-47)*²⁸.

La predicación de Agustín resultaba muy atractiva para sus oyentes por la riqueza y profundidad de sus comentarios sobre los misterios de la fe, y sobre los relatos evangélicos que él reconocía llenos de significados ya sea para la comprensión de las verdades cristianas como para el incremento de la devoción de los fieles. En esa labor

27 *Dominus Iesus*, 11 (6 de agosto de 2000).

28 *La Ciudad de Dios*, X, 32, 2: BAC 171, 677.

de transmisión de las riquezas espirituales del cristianismo, el obispo de Hipona también destacaba mucho la universalidad de la obra de Cristo destinada a la salvación de todos los pueblos de la tierra. Lo hacía con especial ardor y sentimiento en los sermones de la Epifanía o manifestación de la salvación de Cristo a todos los países y a las personas de toda categoría, haciendo resonar el gozo por la conversión de la gentilidad al Salvador de todos. Sobre este asunto resulta interesante el sentido que atribuye a la estrella que guía a los magos de Oriente hasta Belén y a la inscripción que Pilato hace colocar sobre la cruz de Jesús.

En efecto, quien al morir oscureció al sol antiguo, el mismo al nacer manifestó la nueva estrella. Aquella luz dio comienzo a la fe de los gentiles, aquellas tinieblas fueron una acusación contra la perfidia [la falta de fe] de los judíos. ¿Qué estrella era aquella que jamás había aparecido antes entre los astros ni permaneció después para que pudiéramos verla? ¿Qué otra cosa era sino la extraordinaria lengua del cielo aparecida para narrar la gloria de Dios y proclamar con su inusitado fulgor el inusitado parto de una virgen a la que había de suceder, una vez desaparecida ella, el Evangelio por todo el orbe de la tierra? Finalmente, ¿qué dijeron los magos al llegar? *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?* ¿Qué significa esto? ¿Acaso no habían nacido antes numerosos reyes de los judíos? ¿Por qué tanto empeño en conocer y adorar al rey de un pueblo extraño? *Hemos visto –dijeron– su estrella en oriente, y hemos venido a adorarlo* (Mt 2,2). ¿Acaso lo buscarían con tanta devoción, lo desearían con afecto tan piadoso, si no hubiesen reconocido en el rey de los judíos al que es también rey de los siglos? De aquí que también Pilato fue inspirado por un aura de verdad cuando en la pasión mandó escribir el título *Rey de los judíos*; título que los judíos, mentirosos, quisieron corregir y a quienes él respondió: *Lo que he escrito, he escrito* (Jn 19,19-22)²⁹.

Estos detalles y circunstancias de los textos bíblicos los consideraba Agustín como elementos simbólicos muy aprovechables para desarrollar consideraciones doctrinales o morales que ayudaran espiritualmente a los oyentes. En buena parte esta práctica provenía del sistema

29 *Sermón 201, 1-2: BAC 447, 86-87.*

interpretativo de la Biblia propio de la escuela teológica de Alejandría, y que él había aprendido y valorado al escuchar la predicación de san Ambrosio en Milán, cuyas homilías habían contribuido a dar el paso de su conversión.

Otro elemento simbólico que el obispo de Hipona gustaba de desarrollar en su predicación al pueblo era el de la comparación del acebuche, o sea, el olivo silvestre e improductivo cuyos ramos, mediante la técnica del injerto podían unirse al antiguo olivo y producir fruto abundante. El acebuche era presentado, pues, como figura de los pueblos de la gentilidad, que habían de injertarse en el troco del antiguo olivo de los hijos de Abrahán. Así lo expone en un sermón sobre la mujer cananea (*Mt 15,21-28*), diciendo:

Aquel pueblo no se acercó por eso, esto es, por la soberbia. Se convirtieron en ramos naturales, pero tronchados del olivo, es decir, del pueblo creado por los patriarcas; así se hicieron estériles en virtud de su soberbia; y en el olivo fue injertado el acebuche. El acebuche es el pueblo gentil. Así dice el Apóstol que el acebuche fue injertado en el olivo, mientras que los ramos naturales fueron tronchados. Fueron cortados por la soberbia, e injertado el acebuche por la humildad³⁰.

San Agustín con toda su sabiduría y su prodigioso talento era ferviente cultivador de la humildad, considerando esta virtud como la base en donde se apoya la vida de fe. Hablando de la humildad de la mujer cananea, todavía situada en el paganismo, exclamaba: «¡Qué gran medicina! Si con esta medicina no se cura la soberbia, no sé qué podrá curarla»³¹. Seguramente, esta exclamación obedece a cuánto preocupaba al Doctor de la gracia la soberbia característica de la herejía de los Pelagianos. Sin duda que la soberbia que tanto abunda en las sociedades de antigua raíz cristiana, podemos pensar que es causa de tanta hipocresía y de tanta apostasía silenciosa o manifiesta.

30 *Sermón 77, 12*: BAC 441, 409-410.

31 *Sermón 77, 11*: BAC 441, 409.

JESÚS, HIJO Y SEÑOR DE DAVID

Una sugerente iniciativa tuvo Jesús en cierta reunión con un grupo de fariseos, los cuales mostraron su complacencia por lo que el Maestro había manifestado en contra del error de los saduceos que negaban la vida después de la muerte. Jesús debió pensar que se le ofrecía una oportuna ocasión para darles a entender cuál era el plan divino sobre el Mesías esperado por el pueblo de Israel, y lo hizo proponiéndoles esta cuestión: «*¿Qué pensáis acerca del Mesías? ¿De quién es hijo?*». *Le respondieron: «De David»* Él les dijo: «*¿Cómo, entonces, David, movido por el Espíritu, le llama Señor diciendo “Dijo el Señor” a mi Señor: siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies?*». *Si David le llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo? Y ninguno pudo responderle nada, ni se atrevió nadie en adelante a plantearle más cuestiones.* (Mt 22, 41-46). Este silencio de los fariseos cerró la puerta a la enseñanza que Jesús habría deseado presentarles abriendo paso a la purificación del pensamiento religioso entonces predominante en el judaísmo acerca del mesianismo.

San Agustín en dos de sus sermones hace unas valiosas consideración sobre la verdad que ansiaba Cristo ir comunicando al pueblo de Dios. He aquí algunos párrafos de esa predicación agustiniana:

Gran misterio es conocer cómo es al mismo tiempo Señor e hijo de David, cómo una persona es hombre y Dios; cómo en la forma humana es menor que el Padre y en la divina igual a él; cómo conjugar estas dos afirmaciones suyas: *El Padre es mayor que yo* (Jn 14,23) y *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30). Es un gran misterio y, por eso, para poder comprenderlo, hay que acomodar las costumbres. El misterio está cerrado a los indignos y se abre a los que lo merecen. No llamamos a la puerta del Señor ni con piedras, ni con picaportes, ni con los puños ni a patadas. Es la vida la que llama; es a la vida a la que se le abre. Se pide, se busca, se llama con el corazón; al corazón se le abre. Corazón que ha de ser piadoso para que su petición, su búsqueda y su llamada sean adecuadas. La primera razón es amar a Dios gratuitamente; esta es la auténtica piedad: no buscar otra recompensa fuera de él, aunque la esperemos de él. ¿Qué cosa de valor puede pedir a Dios aquel para quien Dios es cosa vil? Te otorga un trozo de tierra y te gozas, en cuanto amante de la tierra, hecho de tierra. Si te gozas cuando te da tierra,

¡cuánto más debes alegrarte cuando se te da el mismo que hizo el cielo y la tierra! ³².

En el sermón siguiente, acerca del mismo tema instruye a los oyentes recordándoles las enseñanzas de san Pablo acerca del contenido del mismo pasaje evangélico:

Aquí hay que tomar precauciones y no pensar que Jesús negó ser hijo de David. No negó que fuese hijo de David, sino que preguntó el modo. «Dijisteis que es hijo de David; no lo niego; pero él le llama señor. Decidme cómo es hijo quien es también señor. Decidme cómo». Ellos no se lo dijeron, sino que callaron. Digámoslo nosotros, puesto que lo ha expuesto Cristo. ¿Dónde? Mediante su Apóstol. En primer lugar ¿cómo probamos que lo expuso el mismo Cristo? Dice el Apóstol: *¿O acaso queréis recibir una prueba de Cristo que habla en mí?* (2Co 13,3). Por tanto, mediante el Apóstol, se ha dignado solucionar esta cuestión. Ante todo, ¿qué dijo Cristo, hablando por boca del Apóstol a Timoteo? *Acuérdate de que según mi evangelio, Jesucristo del linaje de David, resucitó de entre los muertos* (2Tm 2,8). Está probado que Cristo es hijo de David. ¿Cómo es también Señor? Dilo, Apóstol: *Quien existiendo en forma de Dios, no juzgó objeto de rapiña ser igual a Dios* (Flp 2,6) ³³.

Esta sublime verdad de Cristo, hijo y Señor de David, es decir, esta inefable vinculación del ser humano con Dios uno y trino, que san Agustín con su exquisito lenguaje y profunda fe exponía a los fieles cristianos del África Proconsular se halla en la misma línea de valoración teológica y pastoral que el papa san Juan Pablo II manifestaba en su primera encíclica *Redemptor hominis*, donde dice: «Esta unión de Cristo con el hombre es en sí misma un misterio del que nace “el hombre nuevo” (2Pe 1,4) llamado a participar en la vida de Dios, creado nuevamente en Cristo, en la plenitud de la gracia y verdad (cf. Ef 2,10; Jn 1,14-16). La unión de Cristo con el hombre es la fuerza y la fuente de la fuerza, según la incisiva expresión de San Juan en el prólogo de su Evangelio: “Dios dioles poder de venir a ser hijos” (Jn 1,12). Esta es

32 Sermón 91: BAC 441, 596-597

33 Sermón 92: BAC 441, 605.

la fuerza que transforma interiormente al hombre, como principio de una vida nueva que no se desvanece y no pasa, sino que dura hasta la vida eterna (cf *Jn 4,14*)»³⁴.

SE TRANFIGURÓ ANTE ELLOS

Tres apóstoles, Pedro Santiago y Juan contemplaron a Jesús transfigurado, estando en el monte alto a donde les condujo el Maestro, el cual ante ellos se manifestó con el resplandor de su divinidad y a la vez ellos escucharon la voz de Padre: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia, escuchadle.* (*Mt 17,5*). Con razón el *Catecismo de la Iglesia Católica* establece una correlación entre la teofanía del Jordán en el bautismo de Jesús y la visión en ese monte alto: «En el umbral de la vida pública se sitúa el Bautismo; en el de la Pascua la Transfiguración» (CIC, 556).

La divinidad de Jesús, atestiguada por la voz del Padre, y su muerte redentora en la cruz, de la que hablaban con él Moisés y Elías (*Lc 9,30-31*), constituyen el resplandor de la luz divina que nos da a conocer cuál es la Verdad del Hijo de Dios y salvador nuestro. San Agustín expone con luminosas palabras el profundo sentido de esta manifestación gloriosa del Señor Jesús, de tal manera que al cesar la visión los tres discípulos había caído al suelo *sobre cogidos de un gran temor reverencial*:

El Señor extendió su mano y levantó a los caídos. A continuación *no vieron a nadie más que a Jesús solo*. ¿Qué significa esto? Oísteis, cuando se leía al Apóstol, que *ahora vemos en un espejo, en misterio, pero entonces veremos cara a cara* (*1Co 13,12*). Hasta las lenguas desaparecerán cuando venga lo que ahora esperamos y creemos. En el caer a tierra simbolizaron la mortalidad, puesto que se dijo a la carne: *Eres tierra y a la tierra irás* (*Gn 3,19*). Y cuando el Señor los levantó, indicaba la resurrección. Después de ésta ¿para qué la ley, para qué la profecía? Por esto no aparecen ya ni Elías ni Moisés. Te queda el que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios* (*Jn 1,1*). Te queda el que Dios es todo en todo (cf. *1Co 15,28*). Allí estará

34 *Redemptor hominis*, IV, 18.

Moisés, pero no ya la ley. Veremos allí a Elías, pero no ya al profeta. La ley y los profetas dieron testimonio de Cristo, de que convenía que padeciese, resucitase al tercer día de entre los muertos y entrase en su gloria (*Lc 24,44-47*). Allí se realiza lo que Dios prometió a los que lo aman: *El que me ama será amado por mi Padre y yo también lo amaré*. Y como si le preguntase: «Dado que le amas, ¿qué le vas a dar?». *Y me mostraré a él* (*Jn 14,21*). ¡Gran don y gran promesa! El premio que Dios te reserva no es algo suyo, sino él mismo. ¿Por qué no te basta, ¡oh avaro! lo que Cristo prometió? Te crees rico; pero si no tienes a Dios, ¿qué tienes? Otro puede ser pobre, pero si tiene a Dios, ¿qué no tiene? ³⁵.

Según parece, el episodio de la transfiguración debió producirse a finales del verano del segundo año de la vida pública de Jesús y en el entorno de la fiesta judía de los Tabernáculos, durante la cual los peregrinos y fieles devotos tenían la costumbre de alojarse durante uno días en tiendas o bajo enramadas. Esta circunstancia daría cierta obviedad a la propuesta de Pedro durante la visión gloriosa: *Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías* (*Mt 17,4*). San Agustín da al detalle de las tiendas una interpretación indicadora de la suprema verdad que Cristo quería manifestar en bien de quienes habían de recibir la profunda verdad de su mensaje y de toda su obra salvadora:

Pensaba [Pedro] que era cosa buena lo que decía. Pero ¿qué hizo el Señor? Envió una nube del cielo y los cubrió a todos, como diciendo a Pedro: «Por qué quieres hacer tres tiendas? Esta es la única tienda». Entonces oyeron una voz desde la nube: *Este es mi Hijo amado*, para que no lo comparasen con Moisés y Elías y pensasen que el Señor había de ser considerado como uno de los profetas, siendo el señor de los profetas. *Este es mi Hijo amado; escuchadle* (*Mt 17,5*). Aterrados por esta voz, cayeron a tierra. *Se acercó el Señor y los levantó, y no vieron más que a Jesús*³⁶.

35 *Sermón 78, 5: BAC 441, 433-434.*

36 *Sermón 79-A (Lambot 17): BAC 441, 440.*

Es un dato sugestivo e interesante que en la segunda carta se San Pedro, tanto si el redactor fue el propio apóstol o algún discípulo que hubiese recogido el testimonio de esa tradición, se pone de manifiesto que él recordaba emotivamente la transfiguración de Jesús: *Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo* (2Pe 1,18). El anhelo de una contemplación espiritual por parte de Agustín se hace presente, por ejemplo en una carta suya a un presbítero llamado Eudoxio que junto con otros compañeros se dedicaban a la vida contemplativa, y les dice: «Yo reposo en vuestra caridad, aunque me debato en duros y múltiples trabajos: Somos un solo Cuerpo bajo una Cabeza, para que vosotros seáis activos en mí y yo en vosotros contemplativo»³⁷.

UNO SOLO ES VUESTRO MAESTRO

El sacerdote y académico Lorenzo Riber (1881-1958) quien con gran elegancia de estilo tradujo al castellano las *Confesiones* de san Agustín en la introducción de esa obra hacía esta reflexión: «San Agustín ha sido llamado rey de los corazones. Raudal afluente de cordialidad, es acaso el Santo del santoral más rico de simpatía. Nadie ni nada se esconde de su invencible calor, ni se sustrae a su blanda tiranía. Plugo a Dios darle anchura de corazón, como la de las arenas que ciñen la inmensidad del mar. Sus *Confesiones* son la odisea por este amargo mar interior de un corazón sin fin y sin suelo; maravilla de profunda introspección; oceanografía insondable, medición estupenda del abismo desde cuyas profundidades el alma eleva a Dios la voz de sus clamores temblorosos»³⁸.

En una carta del propio Agustín a Darío, alto funcionario de la corte de Rávena, al que había enviado una copia de su mencionada obra, y, entre otras muchas cosas, le dice: «El buen Maestro nos enseñó por su Apóstol que no hemos de vivir y obrar el bien para que nos alaben los hombres, esto es, que no pongamos el fin de nuestra rectitud en las

37 *Carta* 48, 1: BAC 69, 312.

38 *Confesiones de San Agustín*, Círculo de Lectores, Barcelona 1971, Introducción, p. 8.

alabanzas humanas y que sin embargo hemos de buscar las alabanzas de los hombres en bien de los mismos hombres»³⁹. Ciertamente ya entre sus contemporáneos la obra de las *Cofesiones*, tuvo una aceptación extraordinaria, y Agustín se alegró de ello por el bien que le decían que había hecho en muchos de sus lectores. Lo que verdaderamente alegraba al obispo de Hipona era el fruto espiritual que tanto sus escritos como sus sermones producía en la Iglesia. Todo ello se corresponde con la admiración que sentía por Cristo a quien solía llamar «el buen Maestro» cuya Verdad fue el punto de partida de toda la labor pastoral agustiniana.

Las enseñanzas de Jesús presentadas en los evangelios constituyen un tesoro inagotable confiado a la Iglesia y que los Santos Padres y demás pastores trataban de transmitir al pueblo. San Agustín en un sermón sobre el tema: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6), lo expresa así:

Clama el Maestro de los ángeles, clama el Verbo de Dios, alimento de las inteligencias todas que no se disminuye, vianda que rehace y siempre está igual, clama, pues, diciendo: *Aprended de mí*. ¡Atienda el pueblo al que dice: *Aprended de mí!* Y respóndale: ¿Qué aprenderemos de ti? No sé, no sé qué vamos a oírle a este artífice sublime que dice: *Aprended de mí*. ¿Quién, en efecto, es quien dice: *Aprended de mí*? Quien formó la tierra y separó de la tierra la mar, y creó los volátiles y animales de la tierras, y creó los peces, y puso los astros en el cielo, y separó el día de la noche, y afirmó el mismo firmamento, y puso a un lado la luz y a otro las tinieblas: ese mismo es el que dice: *Aprended de mí*. ¿Nos dirá, por ventura, que hagamos esta suerte de maravillas que hizo él? ¿Quién será capaz? Eso es cosa de Dios [...] ¿Qué, pues, conviene que aprendamos? *Que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29); donde nos recomienda o inculca la caridad, una caridad acendradísima, noble, sin fatuidad, sin altivez, sin doblez; eso quiere inculcarnos quien dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*⁴⁰.

Ante el nítido concepto del deber de comunicar única y fielmente la Verdad de Cristo al pueblo de Dios, Agustín se proclama a sí mismo

39 *Carta* 231, 4: BAC 99b, 386-387.

40 *Sermón* 142, (Wilmart, 11) 11-12: BAC 443, 296-298.

como condiscípulo en relación a los fieles a quienes con tanta constancia y pulcritud dirigía sus enseñanzas. En un sermón del día de Pentecostés, hacia el año 416, tras un tan prolongado ejercicio de su predicación manifestaba así a sus oyentes cual es el origen de su magisterio:

Hablo a condiscípulos en la escuela del Señor. Tenemos un único maestro, en el que todos somos uno; quien, para evitar que podamos vanagloriarnos de nuestro magisterio, nos amonestó con estas palabras: *No dejéis que los hombres os llamen maestro, pues uno es vuestro maestro: Cristo* (*Mt 23,8*). Bajo la autoridad de este maestro, que tiene en el cielo su cátedra –pues hemos de ser instruidos en sus escritos– poned atención a lo poco que voy a decir, si me lo concede quien me manda hablaros. Quienes ya lo sabéis, recordadlo; quienes lo ignoráis, aprendedlo⁴¹.

Una advertencia muy sabia y pertinente es la que hace san Agustín en cuanto a la perseverancia en observar la enseñanza recibida de Jesús, origen y maestro de la Verdad: «Para ser discípulo no basta mostrar adhesión, hay que perseverar, porque no dice [el Señor]: «Si oís mi palabra», o «Si mostráis adhesión a mi palabra» o «Si aplaudís mi palabra»; ved, en cambio, lo que dice: *Si os mantenéis en mi palabra, seréis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres* (*Jn 8, 31-32*)⁴².

LA VERDAD DEL REINO DE DIOS

Durante los tres años de su ministerio público, Jesús habla constantemente del reino de Dios y de sus características y exigencias. Él inaugura el *Reino de los cielos* sobre la faz de la tierra. La doctrina de los Santos Padres y doctores de la Iglesia fue como una esclarecedora resonancia de la doctrina expuesta por Cristo sobre el Reino de Dios.

Por más que hayan surgido en tiempos modernos interpretaciones, a veces confusas o deformadas, hemos de acudir a la Verdad de Jesús

41 *Sermón 270, 1: BAC 447, 748-749.*

42 *Sermón 134, 1: BAC 443, 189.*

para obtener una auténtica iluminación. Benedicto XVI en su obra *Jesús de Nazaret* nos orienta al decir: «Veremos sobre todo que Jesús habla siempre como el Hijo, que en el fondo de su mensaje está siempre la relación entre Padre e Hijo. En este sentido, Dios ocupa siempre el centro de su predicación; pero precisamente porque el mismo Jesús es Dios, el Hijo, toda su predicación es un anuncio de su misterio, es cristología; es decir, es un discurso sobre la presencia de Dios en su obrar y en su ser. Veremos cómo éste es el aspecto que exige una decisión y cómo, por ello, el que conduce a la cruz y a la resurrección»⁴³.

San Agustín pone de relieve que del costado abierto de Cristo en la cruz brotó la Iglesia que se manifestó públicamente en Pentecostés y que en ella, extendida ya por todo el mundo entonces conocido, se hace visible el Reino de Dios. He aquí como nos lo describe y perfila en un sermón sobre la transfiguración:

Ya se nos manifiesta en la Iglesia el Reino de Dios. En ella está el Señor, la ley y los profetas; pero el Señor como Señor; la ley en Moisés, la profecía en Elías, en condición de servidores, de ministros. Ellos como vasos; él como fuente, Moisés y los profetas hablaban, pero cuanto fluía de ellos, de él lo tomaban⁴⁴.

Muchas veces se hace referencia al Reino de Dios denominándolo también *Reino de los cielos*, aunque permanezca aún en el mundo presente. He aquí cómo expone esta realidad, que de momento puede parecer desconcertante, el obispo de Hipona, siempre muy amante de esclarecer la Verdad de Cristo:

Quien violare uno de estos mis mandatos menores y enseñare así, será tenido por el menor en el reino de los cielos (Mt 5,19). Dice dos cosas: quien violare y enseñare; quien los viole viviendo mal, aunque enseñe el bien. Pero ¿en qué reino de los cielos? En la Iglesia del tiempo presente, porque también a ella se le llama reino de los cielos. En efecto, si no se llamara reino de los cielos también a esta Iglesia que reúne en sí a buenos y ma-

43 JOSEPH RATZINGER: BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret, Primera parte. Desde el Bautismo hasta la Transfiguración*, La esfera de los libros, Madrid 2007, p. 90.

44 Sermón 78, 4: BAC 441, 433.

los, no diría el Señor en la parábola: *El Reino de los cielos es semejante a una red barredera que se echa al mar, y recoge peces de toda especie (Mt 13,47)*⁴⁵.

También Agustín se ocupa con empeño en que resplandezca la Verdad de la enseñanza de Jesús sobre su segunda venida, que al principio los cristianos habían considerado que ocurriría en un tiempo cercano. Especialmente en su valiosa y extensa obra *La Ciudad de Dios* y en la carta a un obispo llamado Hesiquio le advierte de que la última hora corre desde que «en los últimos tiempos el Señor vino naciendo de una virgen, y no se llamaría a ésta la última hora, si no se acercase el reino de los cielos»⁴⁶. Y en los *Comentarios a las cartas de San Juan* Agustín exclama con frase lapidaria *Novissima hora diuturna est, tamen novissima est.* («La última hora es muy duradera y, sin embargo, es la hora última»)⁴⁷.

LA EUCARISTÍA: RESPLANDOR DE LA VERDAD EN EL AMOR

En la encíclica *Lumen fidei*, del papa Francisco, que cuenta con una amplia base teológica que le ofreció el papa emérito Benedicto XVI queda consignado que «la naturaleza sacramental de la fe alcanza su máxima expresión en la eucaristía, que es el precioso alimento para la fe, el encuentro con Cristo presente realmente con el acto supremo de amor, el don de sí mismo, que genera vida»⁴⁸. Los antecedentes de estas consideraciones de fe eucarística ya los hallamos en san Agustín, el cual un domingo de Pascua hablando a los recién bautizados les decía:

Tengo bien presente mi promesa. Os había prometido a los que habéis sido bautizados explicaros en la homilía el sacramento del Señor, que ahora ya veis y del que participasteis en la noche pasada. Debéis conocer lo que habéis recibido, lo que vais a recibir y lo que debéis recibir a diario. Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado [es decir consagrado] por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo.

45 *Sermón* 251, 3: BAC447, 538-539.

46 *Carta* 199, 10, 35: BAC 99b, 161.

47 *Comentarios a las cartas de san Juan*, 3, 3: PL 35, 1998.

48 *Lumen fidei*, 44 (29 de junio de 2013)

Este cáliz, mejor, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados⁴⁹.

Comentando el salmo 98, Agustín pone de relieve que la carne de Cristo que se recibe en el sagrado convite de la Eucaristía es la misma que el Señor al encarnarse asumió de su bienaventurada madre, y que por estar unida esta carne de Jesús a la persona del Verbo, debe ser adorada⁵⁰. Insiste en la misma consideración en sus *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, diciendo: «La verdad es incommutable, la verdad es pan; restaura las mentes y no falla, Cambia a quien nutre, ella misma no se cambia en quien ella nutre. *La Verdad* en persona es *la Palabra de Dios, Dios en Dios, Hijo Unigénito*. Esta Verdad se ha vestido de carne por nosotros, para nacer *de María* virgen y que se cumpliese la profecía: *La verdad brotó de la tierra* (*Sal 84,12*)⁵¹.

«YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA»

Estas palabras de Jesús, llenas de un gran contenido teológico, que junto con otras expresiones semejantes que se inician con la frase *Yo soy* evocan el misterio de la divinidad de su persona⁵². El texto: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, si no es por mí* (*Jn 14,6*) la comenta san Agustín con tan intenso sentimiento, que parece quedar de algún modo reflejado su propio itinerario de conversión y de constante unión con Dios:

Si lo amas síguelo. «Lo amo, afirmas; pero ¿por dónde lo sigo?». Si el Señor tu Dios te hubiera dicho: «Yo soy la verdad y la vida», deseoso tú de la verdad, anhelante de la vida, buscarías el camino por el que pidieras llegar a éstas y te dirías: «¡Gran cosa es la verdad, gran cosa

49 *Sermón 227*: BAC 447, 285.

50 Cf. *Enarraciones sobre los Salmos*, 98, 9: BAC255, 573-574.

51 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 41, 1:BAC 165, 90.

52 Cf. JOSEPH RATZINGER: BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Primera parte, pp. 399-410.

es la vida! ¡Si hubiera cómo mi alma llegase allá!». ¿Buscas por dónde? Primero óyelo decir: *Yo soy el Camino*. Antes de decirte a dónde, ha presentado por dónde: *Yo soy el Camino*, afirma. El camino ¿a dónde? *Y la Verdad y la Vida*. Primero dijo por dónde puedes venir, después a dónde puedes venir. *Yo soy el Camino, yo soy la Verdad, yo soy la Vida*. Porque permanece en el Padre es *la Verdad y la Vida*; por haberse vestido la carne, se hizo *Camino*. No se te dice: «Fatígate buscando el camino para llegar a la verdad y a la vida»; no se te dice esto. ¡Perezoso, levántate! *El Camino* en persona ha venido a ti y, a ti que estabas durmiendo, te ha despertado del sueño, si empero te ha despertado; *ilevántate y anda!* (*Jn 5,8*). Quizá intentas andar y no puedes porque te duelen los pies ¿Por qué te duelen los pies? ¿No habrán corrido por asperezas, a las órdenes de la avaricia? Pero la Palabra de Dios sanó también a *cojos*. Afirmas: «He aquí que tengo sanos los pies, pero no veo el camino mismo». También iluminó *a ciegos* (*Mt 9,30-31*)⁵³.

Dice también Agustín: «Esta verdad, pues, cuando hablaba a los judíos, se ocultaba en la *carne*; se ocultaba empero no para rehusarse, sino para diferirse; diferirse para *padecer en la carne*; ahora bien padecer *en la carne*, para que fuese redimida la carne *de pecado*»⁵⁴.

REINÓ EL SEÑOR DESDE LA CRUZ

Comentando el versículo primero del salmo 92: *El Señor reinó, se vistió de hermosura; el Señor se vistió de fortaleza y se ciñó*, san Agustín dice:

Vemos que se vistió de dos cosas: de hermosura y de fortaleza. ¿Para qué? Para fundar la tierra. Pues prosigue: *Porque afianzó el orbe de la tierra, el cual no se conmoverá*. ¿Cómo le afianzó? Vistiéndose de hermosura. No le hubiera afianzado, si solamente se hubiese vestido de hermosura y no también de fortaleza. ¿Por qué se vistió de hermosura, por qué de fortaleza? Pues dijo ambas cosas. *El Señor reinó y se vistió de hermosura; el Señor se vistió de fortaleza y se ciñó*. Sabéis, hermanos, que al venir nuestro Señor Jesucristo en carne y predicar el Evangelio del

53 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 34, 9: BAC 139, 711-712.

54 *Ibid*, 41, 1: BAC 165, 90.

reino de los cielos, agradaba a unos y desagradaba a otros. Pues se dividió el parecer de los judíos, *diciendo unos: «Es bueno»; otros: «No, sino que seduce las turbas» (Jn 6,12)*. Luego unos hablaban bien de él; otros le desacreditaban, le infamaban, le criticaban, le injuriaban. Luego se vistió de hermosura, para aquellos a quienes agradaba, y de fortaleza para aquellos a quienes desplacía»⁵⁵.

No cabe duda de que esta diversidad de posturas y actitudes frente al que venía como Salvador del mundo, refleja el enfrentamiento entre la gloria de la salvación y el misterio de la iniquidad. La victoria y exaltación de Cristo se manifiesta ya en el sacrificio de la cruz que resplandecerá en la gloria de la resurrección. Esta visión de fe sobre el reinado de Cristo redentor viene a ser clara manifestación de la Verdad que resplandece en Cristo y se pone especialmente de relieve en el evangelio de san Juan. San Agustín sabe valorar con gozo y diafanidad estos luminosos testimonios del cuarto evangelio. Sobre el encuentro de Jesús con unos griegos el domingo de Ramos después de la entrada en Jerusalén, la expone el obispo de Hipona de esta manera:

He ahí venidos de la circuncisión unos, del prepucio otros, como dos muros que vienen de puntos opuestos y con el beso de la paz se juntan en la única fe de Cristo; oigamos, pues la voz de la Piedra angular. *Por su parte*, afirma, *Jesús les respondió: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre (Jn 12,23)*. Alguien supone tal vez que, precisamente porque los gentiles querían verlo, aquí habló de sí como de glorificado. No es así; sino que veía que tras su pasión y resurrección, esos mismos gentiles que estaban en todas las gentes iban a creer porque, como dice el Apóstol: *La ceguera aconteció parcialmente en Israel, hasta que entrase la totalidad de las gentes (Rm 11,25)*. Así pues, con ocasión de estos gentiles que ansiaban verlo, anuncia la futura totalidad de las gentes y promete que en este mismo instante está presente la hora de su glorificación, acontecida la cual en los cielos, las gentes iban a creer⁵⁶.

Sobre el significado y la trascendencia de la inscripción colocada en lo alto de la cruz por orden de Pilato, Agustín comenta: «Con el

55 *Enarraciones sobre los Salmos*, 92, 2: BAC 255, 414-415.

56 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 51, 8: BAC 165, 310.

rótulo puesto sobre la cruz, en el que estaba escrito: *Rey de los judíos*, demostró que ni siquiera causándole la muerte pudieron conseguir los judíos que no fuera su rey quien con sublime potestad y a todas luces dará a cada uno lo que merezcan sus obras. Por esa razón se canta en el salmo: *Él me constituyó rey sobre Sión, su monte santo* (*Sal 2,6*). El dato de que el rótulo estuviera escrito en tres lenguas: hebreo, griego y latín, indica que iba a reinar no sólo entre los judíos, sino también sobre los gentiles»⁵⁷. Famosa y reveladora es la sentencia con la que san Agustín se refiere al magisterio de Cristo desde la cruz: *Tamquam lignum illud ubi erant fixa membra morientis, etiam cathedra fuerit magistri docentis*: «Cuál si el madero aquel donde estaban fijos los miembros del moribundo fuese también la cátedra del Maestro docente»⁵⁸.

RESUCITÓ EN VERDAD EL SEÑOR

Jesús resucitó al tercer día después de haber entregado su vida y haber sido rasgado su corazón. Se trata de «un acontecimiento que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 639). Benedicto XVI reconoce dos clases de fuentes de la fe en Cristo resucitado: los símbolos o profesiones de fe y los relatos de sus apariciones: «Esto significa que para los discípulos la resurrección era tan real como la cruz. Presupone que se rindieron simplemente ante la realidad; que después de tanto titubeo y asombro inicial, ya no podían oponerse a la realidad: es realmente Él; vive y nos ha hablado, ha permitido que le toquemos, aun cuando ya no pertenece al mundo de lo que normalmente es tangible»⁵⁹. San Agustín manifiesta su profunda convicción de fe en cuanto a la verdad plena del acontecimiento:

Que Cristo, el Señor nació hombre de hombre, lo creyeron muchos, incluso extraños e impíos, aunque desconocían su nacimiento virginal; que Cristo nació como hombre lo creyeron tanto los amigos como los enemigos; que Cristo fue crucificado y muerto, lo creyeron tanto los amigos como los enemigos; que resucitó sólo lo saben los

57 *Sermon 218, 5-6*: BAC 447, 208-209.

58 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 119,2: BAC 165, 897.

59 JOSEPH RATZINGER: BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 2^a parte, p. 286.

amigos. ¿Y esto por qué? Cristo el Señor, en el hecho de nacer y de morir, tenía la mirada puesta en la resurrección; en ella estableció los límites de nuestra fe. Nuestra raza, es decir, la raza humana, conocía dos cosas: el nacer y el morir. Para enseñarnos lo que no conocíamos, tomó lo que conocíamos. En la región de la tierra, en nuestra condición mortal, era habitual, absolutamente habitual el nacer y el morir; tan habitual que, así como en el cielo no puede darse, así en la tierra no cesa de existir. En cambio, ¿quién conocía el resucitar y el vivir perpetuamente? Esta es la novedad que trajo a nuestra región quien vino de Dios. ¡Gran acto de misericordia! : ¡se hizo hombre por el hombre; se hizo hombre el creador del hombre! Nada extraordinario era para Cristo el ser lo que era, pero quiso que fuera grande el hacerse él lo que había hecho. ¿Qué significa «haberse él lo que había hecho»? Hacerse hombre quien había hecho al hombre. He aquí su misericordia⁶⁰.

Respecto de las apariciones del Resucitado, dice san Agustín que lo hizo para afianzar la fe de ellos, de manera que se manifestó «entrando y saliendo, comiendo y bebiendo, como dice la Escritura, y asegurándoles que lo que se presentaba de nuevo a sus ojos después de la resurrección era lo que les había sido arrebatado por la cruz»⁶¹.

A modo de conclusión me complazco en reproducir unas sugerentes palabras de Fray Luis de León sobre la resurrección de Jesús, indicio y esperanza de nuestra incorporación a la Verdad de Él, fuente de nuestra esperanza de salvación: «Digamos ahora lo que [Cristo] hizo en sí para criar en nosotros el hombre nuevo y el espíritu bueno; esto es, para después de muertos a la vida mala, tornarnos a la vida buena, y para dar principio a nuestra segunda generación. Por virtud de su divinidad, y porque según ley de justicia no tenía obligación a la muerte, por ser su naturaleza humana de su nacimiento inocente, no pudo Cristo quedar muerto muriendo; y como dice San Pedro, *no fue posible ser detenido de los dolores de la sepultura* (*Hch 2,24*)»⁶².

GUILLERMO PONS PONS

60 *Sermón 229 H, 1* (Guelf 12): BAC 447, 332.

61 *Sermón 264, 2*: BAC 447, 666.

62 *Los nombres de Cristo. Padre del siglo futuro*, Obras Competas: BAC 3^a, pp. 521-522.